

# ULISES

---

## JAMES JOYCE

(V)

**J**unto a camiones de carga a lo largo del muelle sir John Rogerson el señor Bloom caminaba sobriamente, pasando Windmill lane, la molienda de linaza Leask, la oficina de telégrafos. También pude haber dado esa dirección. Y la casa de los marineros. Dio vuelta desde los ruidos matutinos del muelle y caminó por la calle Lime. Cerca de las casitas Brady estaba echado un niño arrebañador, con la cubeta de vísceras amarrada, fumándose una colilla masticada. Una niña más pequeña con cicatrices de eczema en la frente lo veía, sujetando con indiferencia un aro de barrica maltrecho. Dile que si fuma no va a crecer. ¡Bueno, déjalo! Su vida no es un lecho de rosas. Esperando afuera de los bares para llevar a pa a casa. Ven con ma, pa. Hora floja: no habrá muchos ahí. Cruzó la calle Townsend, pasó el ceño fruncido de Bethel. El, sí: casa de: Aleph, Beth. Y más allá de la funeraria Nichols. Es a las once. Tiempo suficiente. Diría que Corny Kelleher le embolsó ese trabajo a O'Neill. Cantar con los ojos cerrados. Cursi. La vi una vez en la arbolada. No se veía nada. Qué encaprichada. Soplón de policías. Su nombre y dirección dijo entonces con mi turulún turulún ta. Pero claro que se lo embolsó. Enterrarlo barato en un cómoellaman. Con mi turulún, turulún, turulún, turulún.

En Westland row se paró frente a la ventana de la Compañía de Té de Belfast y Oriente y leyó las etiquetas de los paquetes de papel de plomo: mezcla selecta, la mejor calidad, té de familia. Bastante calor. Té. Debo comprarle a Tom Kernan. Aunque no podría pedírselo en un funeral. Mientras sus ojos leían débilmente se quitó el sombrero con calma inhalando la gomina del cabello y dirigió su mano derecha con lenta gracia

sobre la frente y el cabello. Una mañana muy cálida. Bajo los párpados caídos sus ojos encontraron el moñito de la banda de cuero de adentro de su fino sombrero. Justo ahí. Su mano derecha bajó al interior del sombrero. Los dedos encontraron pronto una tarjeta detrás de la banda y la trasladaron al bolsillo del chaleco.

Qué calor. La mano derecha una vez más y más lentamente subió: mezcla selecta, hecha con las más finas marcas de Ceilán. El Lejano Oriente. Debe ser un lugar muy lindo: el jardín del mundo, grandes hojas perezosas donde flotar, cactus, praderas floridas, lianas serpentinadas les llaman. Me pregunto si será así. Esos cingaleses tirados al sol, en *dolce far niente*. Rascándose el ombligo todo el día. Duermen seis meses del año. Demasiado calor como para pelearse. Influencia del clima. Letargo. Flores de ocio. El aire alimenta a la mayoría. Ázoes. Invernadero en los Jardines Botánicos. Mimosas sensitivas. Nenúfares. Pétalos demasiado cansados para nada. Enfermedad del sueño en el aire. Caminar en hojas de rosal. Imagina intentar comer callo y pata. ¿Dónde estaba el tipo que vi en esa foto? Ah, en el Mar Muerto, flotando de espaldas, leyendo un libro bajo una sombrilla abierta. No podrías hundirte aunque lo intentaras: demasiado denso por la sal. Porque el peso del agua, no, el peso del cuerpo en el agua es igual al peso del. ¿O el volumen es igual al peso? Es una ley algo así. Vance en la preparatoria tronándose los dedos, enseñando. El plan de estudios para la universidad. Plan de estudios para tronarse los dedos. ¿Qué es en verdad peso cuando decimos el peso? Treintaidós pies por segundo, por segundo. Ley de los cuerpos en caída: por segundo, por segundo. Todos caen al suelo. La Tierra. La fuerza de gravedad de la Tierra es lo que es el peso.

Se volvió y caminó airoso por la calle. ¿Cómo caminó ella con las salchichas? Algo como eso. Mientras caminaba tomó el *Freeman* doblado de su bolsillo lateral, lo desdobló, lo enrolló a lo largo como una batuta y se dio golpecitos a cada airoso paso en el pantalón. Aire despreocupado: nada más llegó a ver. Por segundo, por segundo. Significa por segundo cada segundo. Desde el bordillo de la banqueta lanzó una mirada entusiasta a través de la puerta de la oficina de correos. Caja de última hora. Cartas aquí. Nadie. Adentro.

Pasó la tarjeta por la reja de metal.

—¿Hay alguna carta para mí? Preguntó.

Mientras la administradora buscaba una casilla miró el cartel de reclutamiento con soldados de todos los cuerpos desfilando y se puso la punta de su batuta contra las narinas, oliendo el periódico recién imprimido. Probablemente no hubo respuesta. Fui demasiado lejos la última vez.

La encargada le devolvió a través de la reja su tarjeta junto con una carta. Le agradeció y ojeó rápidamente el sobre escrito a máquina.

Sr Henry Flower,

Poste restante Westland Row,  
Ciudad.

Igual respondió. Deslizó la tarjeta y la carta en su bolsillo lateral, mirando de nuevo a los soldados en desfile. ¿Dónde está el regimiento del viejo Tweedy? Soldado retirado. Ahí: gorra de piel de oso y penacho. No, es granadero. Puños en punta. Ahí está: fusileros reales de Dublín. Casacas rojas. Demasiado llamativas. Debe ser por eso que las mujeres los buscan. Uniforme. Más fácil de enlistarse y entrenar. La carta de Maud Gonne sobre sacarlos de la calle O'Connell en las noches: una desgracia para nuestra capital irlandesa. El periódico de Griffith va por el mismo rumbo: un ejército deteriorado por enfermedades venéreas: imperio de ultramar y de ultramareados. Se ven medio drogados: como hipnotizados. Ojos al frente. Marcar el paso. Mesa: esa. Cama: ama. Propios del Rey. Nunca lo ves vestido como bombero o poli. Masón, sí.

Salió paseando de la oficina de correos y siguió a la derecha. Hablar: como si eso arreglara el asunto. Su mano se metió en el bolsillo y un dedo índice tanteó debajo de la solapa, rasgándola a tirones. Las mujeres prestan mucha atención, no creo. Sus dedos sacaron la carta y arrugaron el sobre en el bolsillo. Algo clavado: quizás una foto. ¿Cabello? No.

M'Coy. Deshazte de él rápido. Me va a distraer. Odio la compañía cuando.

—Hola, Bloom. ¿A dónde vas?

—Hola, M'Coy. A ningún lado en especial.

—¿Cómo está el cuerpo?

—Bien. ¿Cómo estás?

—Aquí vivo y coleando, dijo M'Coy.

Los ojos en la corbata y el traje negros, preguntó con voz respetuosa:

—¿Todo bien... pasó algo? Veo que traes...

—Ah, no, dijo el señor Bloom. Ya sabes, pobre de Dignam. Hoy es el funeral.

—Pero claro, pobre hombre. Sí es. ¿A qué hora?

No es una foto. Tal vez un prendedor.

—A las once, respondió el señor Bloom.

—Voy a intentar ir, dijo M'Coy. A las once, ¿verdad? Apenas me enteré anoche. ¿Quién me dijo? Holohan. ¿Conoces a Hoppy?

—Lo conozco.

El señor Bloom miró del otro lado de la calle al tálburi estacionado frente a la puerta del Grosvenor. El portero cargó el veliz detrás del pescante. Estaba parada, esperando, mientras el hombre, esposo, hermano, igual que ella, buscaba cambio en los bolsillos. Elegante abrigo con ese cuello enrollado, caliente para un día como este, parece cobija. Despreocupada su postura con las manos en esos bolsillos de parche. Como esa criatura altanera en el partido de polo. Las mujeres sólo ven la casta hasta que das en el clavo. Aunque la mona se vista de seda. Reservada a punto de ceder. La honorable señora y Brutus es un hombre honorable. Poseerla una vez le quita lo estirada.

—Estaba con Bob Doran, anda en una de sus vueltas periódicas, y el fulano Bantam Lyons. Estábamos por ahí en Conway.

Doran, Lyons en Conway. Se llevó una mano enguantada al cabello. Llegó Hoppy. Tomándose unas. Echando la cabeza hacia atrás y mirando a lo lejos debajo de los

párpados entrecerrados vio la radiante piel clara brillar a la luz, el tejido trenzado. Hoy veo muy claro. Quizás la humedad da mayor visión. Hablar de una cosa u otra. La mano de la dama. ¿De qué lado se irá a subir?

—Y dijo: *¡Una tristeza lo que nuestro pobre amigo Paddy! ¿Cuál Paddy? Dije. El pobrecito de Paddy Dignam, dijo.*

Al campo: probablemente a Broadstone. Botas altas cafés con las agujetas colgando. Bien torneado el pie. ¿Qué tanto hace él con el cambio? Ella me ve mirando. Ojo siempre atento por si hay otro tipo. Buena alternativa. Dos cuerdas para su arco.

—*¿Por qué? Dije. ¿Qué le pasó? Dije.*

Orgullosa: rica: medias de seda.

—Sí, dijo el señor Bloom.

Se movió un tanto hacia un lado de la cabeza parlante de M'Coy. Se sube en cualquier momento.

—*¿Que qué le pasó? dijo. Está muerto, dijo. Y, bueno, lo completó. ¿De verdad Paddy Dignam? dijo. No podía creerlo cuando lo oí. Estuve con él el viernes o jueves pasado, en el Arch. Sí, dijo. Se nos fue. Murió el lunes, pobre hombre.*

¡Mira! ¡Mira! Medias blancas de seda brillante. ¡Mira!

Un pesado tranvía pasó en medio sonando su campana. Me lo perdí. Maldita sea tu ruidosa cara chata. Se siente excluido. El Paraíso y la peri. Siempre pasa así. El momento exacto. La chica en el pasillo de calle Eustace el lunes estaba ajustándose el ligüero. Su amiga cubriendo la vista de. *Esprit de corps*. Bien, ¿qué tanto miras boquiabierto?

—Sí, sí, dijo el señor Bloom después de un suspiro soso. Otro que se va.

—Uno de los mejores, dijo M'Coy.

El tranvía pasó. Se fueron en dirección al puente de Loop Line, su rica mano enguantada en el barandal metálico. Brilla, brilla: el destello de encaje de su sombrero al sol: brilla, bri.

—Tu mujer está bien, supongo, dijo la voz cambiada de M'Coy.

—Ah, sí, dijo el señor Bloom. Súper, gracias.

Desenrolló la batuta de periódico distraídamente y leyó distraídamente:

*¿Qué es una casa sin*

*Carne Enlatada Ciruelo?*

*Un desconsuelo.*

*Y con ella, una morada feliz.*

—Mi señora acaba de conseguir un contrato. Aunque no está acordado todavía.

Otra vez lo del veliz. Por cierto, no hace daño. No estoy para eso, gracias.

El señor Bloom volvió su mirada de largos párpados con amabilidad tranquila:

—Mi esposa también, dijo. Va a cantar en un asunto de moda en el Salón Ulster, Belfast, el veinticinco.

—¿Ah, sí? Dijo M'Coy. Me alegra escucharlo, amigo. ¿Quién lo está levantando?

Señora Marion Bloom. No se ha levantado todavía. La Reina estaba en su habitación comiendo pan y. Sin libro. Cartas de figuras ennegrecidas puestas sobre el muslo de a siete. Dama oscura y hombre justo. Gato bola negra peluda. Tira rasgada de sobre.

*La vieja.*

*Y dulce.*

*Canción.*

*De amor.*

*Viene la dul-ce canción...*

—Es como una gira, ¿sabes? dijo pensativamente el señor Bloom. *De amoor*. Hay un comité. Mitad acciones, mitad ganancias.

M'Coy asintió, tocándose el bigote incipiente.

—Pues bueno, dijo. Son buenas noticias.

Se movió para irse.

—Bueno, me alegra verte sano, dijo. Te veré por ahí.

—Sí, dijo el señor Bloom.

—Te digo una cosa, dijo M'Coy. Podrías poner mi nombre en el funeral, ¿no? Quisiera ir pero puede que no alcance, ¿sabes? Hay un caso de ahogamiento en Sandycove que puede salirme y entonces el forense y yo tendríamos que ir si se encuentra el cuerpo. Nada más pon mi nombre si no estoy ahí, ¿sí?

—Lo haré, dijo el señor Bloom, haciéndose a un lado. Sin problema.

—Bien, dijo M'Coy alegremente. Gracias, amigo. Iría si acaso pudiera. Bueno, tan tan. Con C. P. M'Coy bastará.

—Así será, respondió el señor Bloom con firmeza.

No me atrapó jugándosela. El toque ágil. Marca suave. Ya quisiera. Veliz que me gusta mucho. Piel. Esquinas cubiertas, bordes con remache, cierre con seguro doble. Bob Cowley le prestó el suyo para el concierto de regata en Wicklow el año pasado y nunca oyó ni pío de él desde aquel buen día hasta hoy.

El señor Bloom, paseando hacia la calle Brunswick, sonrió. Mi señora acaba de conseguir un. Soprano atiplada pecosa. Nariz cortaqueso. Suficientemente bien a su manera: para una baladita. No tiene agallas. Tú y no, ¿acaso no sabes? En el mismo barco. Enjabonada suave. Eso lo avivaría a uno. ¿Qué no oye la diferencia? Creo que está un poco inclinado a eso. En mi contra de alguna manera. Creí que Belfast lo atraería. Ojalá que la viruela de allá no empeore. Supongo que no se dejaría que la vacunaran otra vez. Tu esposa y mi esposa.

Me pregunto si me está siguiendo.

El señor Bloom se detuvo en la esquina, sus ojos vagando por la publicidad multicolor. Ginger Ale Cantrell y Cochrane (Aromático). Venta de verano en Clery. No, va derecho. Hola. *Leah* esta noche: Señora Bandman Palmer. Me gustaría verla en esa de nuevo. Hizo *Hamlet* anoche. Imitadora de hombres. Quizás era una mujer. ¿Por qué

Ofelia se suicidó? ¡Pobre papá! ¡Cómo solía hablar de Kate Bateman en esa! Afuera del Adelphi en Londres esperó toda la tarde para entrar. Fue el año antes de que yo naciera: sesenta y cinco. Y Ristori en Viena. ¿Cuál es el nombre correcto? Por Mosenthal es. Rachel, ¿no? No. La escena de la que siempre hablaba en que el viejo Abraham reconoce la voz y se pone los dedos en la cara.

—¡La voz de Nathan! ¡La voz de su hijo! Escucho la voz de Nathan que dejó a su padre morir de dolor y miseria en mis brazos, que dejó la casa de su padre y dejó al Dios de su padre.

Cada palabra es tan profunda, Leopold.

¡Pobre papá! ¡Pobre hombre! Qué bueno. No entré al cuarto para ver su cara. ¡Ese día! ¡Ay! ¡Ay! ¡Fuu! Bueno, quizás fue lo mejor para él.

El señor Bloom dio vuelta en la esquina y pasó los mustios quejidos de la estación. No tiene caso pensar más en eso. Hora de la cebadera. Ojalá no me hubiera encontrado a ese tipo M'Coy.

Se acercó y escuchó el crujir de hojuelas doradas, los dientes masticando suavemente. Sus ojos de machos maduros lo vieron mientras pasaba, entre el dulce hedoravenoso de orina de caballo. Su Eldorado. ¡Pobres bobos! Al carajo todo lo que saben o les importa de nada con sus largas narices metidas en cebaderas. Demasiados llenos para hablar. Igual les dan su alimento y su descanso. Castrados también: un muñón de gutapercha meneándose blando entre sus cuartos traseros. Igual y son felices así. Parecen buenos brutos. De todas formas su relinchar puede ser muy molesto.

Se sacó la carta del bolsillo y la puso entre el periódico que llevaba. Podría encontrármela aquí. La callejuela es más segura.

Pasó la cabaña de cocheros. Curiosa la vida de los taxistas a la deriva, sin importar el clima, el lugar, la hora o situación, sin voluntad propia. *Voglio e non*. Quisiera darles uno que otro cigarrillo. Sociables. Gritan unas cuantas sílabas voladoras al pasar. Tarareó:

*Là ci darem la mano*

*La la lala la la.*

Dio vuelta hacia la calle Cumberland y, dando unos pasos, se detuvo bajo el toldo de la pared de la estación. Nadie. La maderería de Meade. Maderos apilados. Ruinas y vecindades. Pisando con cuidado pasó sobre un bebeleche con su piedra olvidada. No soy un pecador. Cerca de la maderería un niño en cuclillas jugaba a las canicas, solo, tirando la grande con el pulgar. Una sabia gatita atigrada, una esfinge parpadeante, observaba desde su cálido alféizar. Una pena molestarlos. Mahoma cortó un pedazo de su túnica para no despertarla. Ábrelo. Y una vez jugué canicas cuando fui a esa vieja escuela para señoritas. Le gustaba la reseda. De la señora Ellis. ¿Y el señor? Abrió la carta dentro del periódico.

Una flor. Creo que es una. Una flor amarilla con los pétalos aplastados. ¿Entonces no se enojó? ¿Qué dice?

Querido Henry,

Recibí tu última carta y te agradezco mucho por ella. Lamento que no te gustara mi última carta. ¿Por qué metiste las estampillas? Estoy terriblemente enojada contigo. Desearía poder castigarte por eso. Te llamé niño travieso porque no me gusta ese otro mundo. Por favor, dime qué significa de verdad esa palabra. ¿No estás feliz en tu casa, pobrecito niño travieso? Desearía poder hacer algo por ti. Por favor, dime qué piensas de la pobre de mí. A menudo pienso en tu hermoso nombre. Querido Henry, ¿cuándo nos conoceremos? Pienso en ti tan seguido, no tienes idea. Nunca me he sentido tan atraída hacia un hombre como contigo. Me siento tan consternada. Por favor, escíbeme una carta larga y cuéntame más. Recuerda que, si no lo haces, te voy a castigar. Ahora ya sabes lo que te haré, niño travieso, si no me escribes. Cuántas ganas tengo de conocerte. Henry querido, no rechaces mi petición antes de que se me agoten las paciencias. Te diré todo. Adiós, adorado travieso. Tengo un dolor de cabeza terrible y escríbele *a vuelta de correo* a tu querida

MARTHA.

P. D. Dime qué perfume usa tu esposa. Quiero saberlo.

Arrancó con gravedad la flor del alfiler, olió su casi inolor y se la puso en el bolsillo del pecho. El lenguaje de las flores. Les gusta porque nadie puede oír. O un buqué envenenado para acabar con él. Luego, avanzando lentamente, leyó de nuevo la carta, murmurando unas cuantas palabras. Enojada tulipanes contigo adorado hombre flor castigar tu cactus si no por favor pobre nomeolvides cuántas ganas tengo violetas de querido rosas cuándo pronto nos anémona conoceremos todo travieso solano esposa perfume de Martha. Una vez que la leyó toda la tomó del periódico y la devolvió a su bolsillo lateral.

Un leve regocijo le abrió los labios. Cambió desde la primera carta. Me pregunto si la habrá escrito ella misma. Haciéndose la indignada: chica de familia buena como yo, carácter respetable. Podríamos vernos un domingo después del rosario. Gracias: no quiero. El alboroto típico del amor. Luego correr por las esquinas. Feo como un pleito con Molly. El cigarro tiene un efecto calmante. Narcótico. Ve más lejos la próxima. Niño travieso: castigar: les teme a las palabras, por supuesto. Brutal, ¿por qué no? Inténtalo de todos modos. Poco a poquito.

Dedeando la carta en el bolsillo le sacó el alfiler. ¿Un alfiler común? Lo tiró a la calle. De alguna parte de su ropa: clavada. Curioso el número de alfileres que llevan siempre. No hay rosa sin espinas.

Unas voces corrientes de Dublín chillaron en su cabeza. Esas dos putas de la Coombe, entrelazadas bajo la lluvia.

*Oh, Mary perdió el alfiler de sus bragas.*

*No sabía qué hacer*

*Para sostenerla*

*Para sostenerla.*

¿La? Las. Un dolor de cabeza terrible. En sus días probablemente. O de estar sentada todo el día escribiendo a máquina. Enfocar la vista es malo para los nervios del estómago. ¿Qué perfume usa tu esposa? ¿Podrías inventarte algo como eso?

*Para sostenerla.*

Martha, María. Vi esa imagen en algún lugar, ahora no recuerdo, viejo maestro o falsificada por dinero. Está sentado en casa de ellas, hablando. Misterioso. Por cierto, las dos putas de la Coombe escucharían.

*Para sostenerla.*

Agradable sensación de la noche. No más vagabundear. Sólo tirarse ahí: tranquilo crepúsculo: dejarse ir. Olvidar. Contar sobre lugares donde uno ha estado, hábitos extraños. La otra, con un frasco en la cabeza, estaba llevando la cena: fruta, aceitunas, agradable y fresca agua del pozo, piedrafría, como el hoyo en la pared en Ashtown. Debo llevar una copa de papel la próxima vez que vaya a las carreras de ponis. Escucha con suaves y enormes ojos negros. Dile: más y más: todo. Luego un suspiro: silencio. Largo largo largo descanso.

Pasando bajo el arco de las vías sacó el sobre, lo hizo tiras con rapidez y lo tiró hacia el camino. Las tiras aletearon y se hundieron en el aire húmedo: un aleteo blanco, luego todas se hundieron.

Henry Flower. Podrías rasgar un cheque por cien libras de la misma manera. Un simple trozo de papel. Una vez Lord Iveagh cobró un cheque de siete dígitos por un millón en el Banco de Irlanda. Demuestra que el dinero se hace con cerveza. Dicen que el otro hermano lord Ardilaun todavía tiene que cambiarse la camisa cuatro veces al día. La piel cría piojos o plagas. Un millón de libras, un momento. A dos centavos la pinta, cuatro centavos dos, ocho centavos el galón de cerveza, no, uno con cuatro centavos el galón de cerveza. Uno y cuatro para veinte: alrededor de quince. Sí, exacto. Quince millones de barriles de cerveza.

¿Qué digo barriles? Galones. De todos modos, cerca de un millón de barriles.

Un tren que pasaba resonó pesadamente sobre su cabeza, vagón tras vagón. Se sacudían barriles en su cabeza: opaca cerveza se batía y se volcaba adentro. Las piqueras se abrían y un enorme chorro escurría, fluyendo todo, serpenteando por lodazales en todas partes, una floja corriente encharcada de licor llevándose consigo flores hojanchas en su espuma.

Llegó a la puerta trasera de All Hallows. Entrando al porche se quitó el sombrero, sacó del bolsillo la tarjeta y la puso de nuevo detrás de la banda de piel. ¡Diablos! Podría haber intentado sacarle a M'Coy un pase a Mullingar.



El mismo anuncio en la puerta. Sermón del Reverendísimo John Conmee S. J. sobre San Pedro Claver y la Misión Africana. Salvar a los millones de China. Me pregunto cómo se lo explicarán a los paganos chin. Prefieren una onza de opio. Celestiales. Completa herejía para ellos. Oraciones por la conversión de Gladstone que hicieron también cuando estaba casi inconsciente. Igual los protestantes. Convertir al Dr. William. J. Walsh D. D. a la verdadera religión. Buda su dios sobre su costado en el museo. Tomándolo con calma, con la mano bajo su mejilla. Inciensos prendidos. No como el Ecce Homo. Corona de espinas y cruz. Ingeniosa idea San Patricio y el trébol. ¿Palillos chinos? Conmee: Martin Cunningham lo conoce: apariencia distinguida. Lamento no haber intentado convencerlo sobre meter a Molly al coro en lugar de ese Padre Farley que parecía un tonto pero no lo era. Les enseñan eso. ¿No irá a salir con sus lentes azulados y sudor escurriéndole a bautizar negros, o sí? Les atraerían los lentes, destellantes. Quisiera verlos sentados en círculo con sus labios gordos, fascinados, atendiendo. Naturaleza muerta. Lamerlo como leche, supongo.

El frío olor de la piedra sagrada lo llamó. Pisó los escalones desgastados, empujó la puerta giratoria y entro silenciosamente por la parte trasera.

Algo está pasando: alguna sodalidad. Lástima tan vacío. Buen lugar discreto para estar junto a una chica. ¿Quién es mi vecino? Abarrotado por horas con música lenta. Esa mujer en la misa de medianoche. El séptimo cielo. Mujeres arrodilladas en las bancas con escapularios carmesíes al cuello, las cabezas agachadas. Un grupo se arrodilló en el barandal del altar. El sacerdote fue con ellas, murmurando, sosteniendo la cosa en sus manos. Se detuvo con cada una, sacó la comunión, le sacudió unas gotas (¿están en agua?) y la puso con cuidado en su boca. Su sombrero y cabeza se hundieron. Luego la siguiente: una pequeña mujer mayor. El sacerdote se agachó para ponerla en su boca, murmurando todo el tiempo. Latín. La siguiente. Cierre los ojos y abra la boca. ¿Qué? *Corpus*. Cuerpo. Cadáver. Buena idea el latín. Los aturde primero. Hospicio para los moribundos. No parece que la mastiquen; sólo se la tragan. Rara idea: comer pedacitos de un cadáver, por eso los caníbales congenian.

Se hizo a un lado mirando las máscaras ciegas cruzar el pasillo, una por una, y buscar sus lugares. Se acercó a la banca y se sentó en la orilla, abrazando el sombrero y el periódico. Estas ollas que tenemos que usar. Deberíamos tener sombreros moldeados con nuestra cabeza. Estaban aquí y allá alrededor de él, con la cabeza aún agachada en sus escapularios carmesíes, esperando que se derritiera en sus estómagos. Algo como esas matzás: es un tipo de pan: pan ácimo de proposición. Míralas. Apuesto que les hace sentir felices. Paletita. Sí lo hace. Sí, pan de ángeles se le llama. Hay una gran idea detrás, algo como que sientes dentro de ti el reino de Dios. Los primeros comulgantes. Hokypoky de a centavo la bolita. Luego todo se siente como una fiesta familiar, igual en el teatro, todos en la misma movida. Ellos sí. Estoy seguro. No tan solos. En nuestra cofradía. Luego salir a la parranda. A desahogarse. Eso si de verdad crees en ello. La cura de Lourdes, aguas del olvido y la aparición de Knock, estatuas sangrantes. Viejo dormido cerca del confesionario. Con razón esos ronquidos. Fe ciega. A salvo en los brazos del Reino. Calma todo dolor. Despierta en estas fechas el próximo año.

Vio al sacerdote retirar la copa de la comunión, guardarla bien, reverenciarla y arrodillarse ante ella un instante, mostrando una gran suela gris por debajo del asunto de encaje que traía puesto. Supongo que se le perdió el alfiler. No sabía qué hacer. Calvo por detrás. ¿I. N. R. I. las letras en su espalda? No: I. H. S. Molly me dijo una vez que le pregunté. Impúdico He Sido: o no: Es Impuro He Sido. ¿Y la otra? Inmaculado Nos Refugió Incesantemente.

Vernos un domingo después del rosario. No rechaces mi petición. Llega con un velo y un bolso negro. El crepúsculo y la luz detrás de ella. Podría estar aquí con un listón en el cuello y hacer lo otro por igual a escondidas. El carácter de ellos. Aquel tipo que entregó pruebas sobre los Invencibles solía recibir la, Carey se llamaba, la comunión cada mañana. Esta misma iglesia. Pedro Carey. No, estoy pensando en Pedro Claver. Denis Carey. Nada más imaginarlo. Esposa y seis hijos en casa. Y planeando ese asesinato todo ese tiempo. Esos mojigatos, ese sí es un buen nombre para ellos, siempre tienen algo de taimados. Tampoco son gente de negocios honrada. Ah, no, no está aquí: la flor: no, no. Por cierto, ¿sí rompí ese sobre? Sí: bajo el puente.

El sacerdote estaba limpiando el cáliz: luego tiró los restos con elegancia. Vino. Lo hace más aristocrático que si bebiera, por ejemplo, lo que suelen: cerveza Guinness o alguna bebida sin alcohol, biter de lúpulo Dublín de Wheatley o ginger ale Cantrell y Cochrane (aromático). No les da nada: muestra el vino: sólo lo otro. Frío consuelo. Fraude pío pero bien hecho: de otra manera habría viejos borrachines uno tras otro y cada vez peores, gorroneando un trago. Curiosa toda la atmósfera del. Bien, bien. Perfectamente bien, de hecho.

El señor Bloom miró atrás hacia el coro. No va a haber música. Lástima. Me pregunto quién tiene el órgano aquí. El viejo Glynn, él sabía hacer hablar a ese instrumento, el *vibrato*: cincuenta libras al año dicen que ganaba en la calle Gardiner. Molly tenía buena voz aquel día, el *Stabat Mater* de Rossini. El sermón del padre Bernard Vaughan primero. ¿Cristo o Pilato? Cristo, pero no perdamos el sueño por eso. Música querían. Cesó la marcha. Se podía oír un alfiler caer. Le dije que modulara su voz hacia esa esquina. Podía sentir la emoción en el aire, el lleno, la gente mirando hacia arriba:

*Quis est homo!*

Parte de esa antigua música sagrada es espléndida. Mercadante: siete últimas palabras. La Duodécima misa de Mozart: el *Gloria* en esa. Esos papas de antes eran aficionados a la música, a las artes y estatuas y pinturas de todos tipos. Palestrina, por ejemplo, también. Pasaron un lindo rato mientras duró. Saludable cantar también, horas regulares, luego preparar licores. Benedictine. Chartreuse verde. De todas formas, tener eunucos en su coro que estaba poniéndose un poquito grueso. ¿Qué tipo de voz es? Debe ser curioso de escuchar después de sus propios fuertes bajos. Connoisseurs. Supongo que no sentirían nada después. Como un plácido. Sin preocuparse. Se ponen carnositos, ¿no? Glotones, altos, piernas largas. ¿Quién sabe? Eunuco. Una forma de salir de eso.

Vio al sacerdote agacharse y besar el altar y luego miró alrededor y bendijo a toda la gente. Todos se persignaron y se pararon. El señor Bloom miró de reojo a los lados

y luego se paró, mirando por encima de los sombreros levantados. Se paran durante el evangelio, por supuesto. Después se arrodillaron de nuevo y él se volvió a acomodarse en silencio en su banca. El sacerdote bajó del altar, sosteniendo la cosa al frente y él y el monaguillo se respondieron en latín. Luego el sacerdote se arrodilló y comenzó a leer una tarjeta:

—Oh, Dios, nuestro refugio y nuestra fuerza...

El señor Bloom se inclinó hacia adelante para alcanzar las palabras. Inglés. Tirarles el hueso. Me acuerdo un poco. ¿Hace cuánto de tu última misa? Gloria y Virgen inmaculada, José su esposo. Pedro y Pablo. Más interesante si entendieras de qué se trata. Magnífica organización en verdad, como un reloj. Confesión. Todos quieren. Entonces te diré todo. Penitencia. Castígame, por favor. Gran arma en sus manos. Más que doctor o abogado. Mujer muriéndose por. Y yo sheshesheshesheshc. ¿Y tú chachachachachá? ¿Y por qué tú? Mira su anillo buscando una excusa. Las paredes susurrantes de galería tienen oídos. El esposo se entera para su sorpresa. Chistecito de Dios. Y ahí sale ella. Arrepentimiento hasta el hueso. Encantadora vergüenza. Reza en un altar. Avemaría y Santa María. Flores, incienso, velas derritiéndose. Esconde sus rubores. Imitación descarada del Ejército de Salvación. La prostituta reformada dirigirá la reunión. Cómo encontré al Señor. Tipos bien plantados deben ser esos de Roma: ellos hacen todo el espectáculo. ¿Y no amasan el dinero también? Herencias, además: al párroco mientras tanto en su absoluta discreción. Misas para el reposo de mi alma en público, a puertas abiertas. Monasterios y conventos. El sacerdote en el caso Fermanagh se presentará en el estrado. Nada de acoquinarlo. Tenía su respuesta fácil para todo. Libertad y exaltación de nuestra santa madre la iglesia. Los doctores de la iglesia: ellos mapearon toda la teología.

El sacerdote rezó:

—Bendito Miguel, arcángel, defiéndenos en la hora de la lucha. Sé nuestro amparo contra las maldades y asechanzas del diablo (que Dios lo reprenda, es nuestra humilde súplica): y tú, Príncipe de las huestes celestiales, por el poder de Dios, arroja a Satanás al infierno y a los demás espíritus malignos que rondan por el mundo buscando la ruina de las almas.

El sacerdote y el monaguillo se pararon y se fueron. Todo terminó. Las mujeres se quedaron: dando las gracias.

Mejor me voy moviendo. Hermano Zumbido. Quizás pasen con la bandeja. Cumplir con el precepto pascual.

Se levantó. Hola. ¿Estuvieron abiertos todo el rato esos dos botones de mi chaleco? Las mujeres lo disfrutaban. Se molestan si no. ¿Por qué no me dijiste antes? Nunca te digo. Pero nosotros. Disculpe, señorita, tiene una (¡fuuuuf!) una (¡fuuuf!) pelusa. O su falda por detrás, el cierre desabrochado. Vistazos de la luna. Aun así me gusta más desarreglado. Menos mal que no era más al sur. Cruzó el pasillo abotonándose discretamente y salió por la puerta principal hacia la luz. Se detuvo un momento cegado junto a la fría pila de mármol negro mientras del otro lado dos devotas metían manos furtivas en la marea

baja de agua bendita. Tranvías: un carro de la tintorería Prescott: una viuda de negro. Se fija porque yo mismo estoy de luto. Se cubrió. ¿Qué hora es? Y cuarto. Todavía suficiente tiempo. Más vale ir a que me hagan esaloción. ¿Dónde es? Ah, sí, la vez pasada. Con Sweny en la Lincoln. Los boticarios rara vez se cambian de lugar. Sus frascos decorativos verdes y dorados son demasiado pesados para revolver. El lugar de Hamilton Long, inaugurado el año de la inundación. Cementerio hugonote cerca de ahí. A visitarlo algún día.

Caminó hacia el sur por Westland row. Pero la receta está en los otros pantalones. Ah y olvidé la llavecita también. Qué lata este asunto del funeral. Pero bueno, pobre tipo, no es su culpa. ¿Cuándo fue que me la hicieron por última vez? Espera. Cambié un soberano, me acuerdo. Primero del mes debe haber sido o segundo. Oh, puede buscarlo en el libro de recetas.

El boticario regresaba página tras página. Como que huele a arena podrida. Cráneo encogido. Y viejo. Búsqueda de la piedra filosofal. Los alquimistas. Las drogas te envejecen tras la excitación mental. Letargo después. ¿Por qué? Reacción. Una vida entera en una noche. Gradualmente cambia tu carácter. Vivir todo el día entre hierbas, ungüentos, desinfectantes. Todos sus tarros de alabastro. Mortero y mano. Aq. Dist. Fol. Laur. Te Virid. El olor casi te cura como la campanita del dentista. Golpe de doctor. Debería medicarse un poco. Electuario o emulsión. El primer tipo que tomó una hierba para curarse tenía algo de agallas. Simples. Querrás tener cuidado. Suficiente aquí para cloforormearse. Prueba: pone rojo el papel tornasol azul. Cloroformo. Sobredosis de láudano. Caladas de sueño. Filtros de amor. Jarabe de amapola paregórico malo para la tos. Obstruye los poros o la flema. Venenos las únicas curas. Remedio donde menos te lo esperas. Astuta la naturaleza.

—¿Hace como dos semanas, señor?

—Sí, dijo el señor Bloom.

Esperó junto al mostrador, inhalando el penetrante olor de las drogas, el seco olor a polvo de esponjas y lufas. Toma mucho tiempo para decir tus molestias y dolores.

—Aceite de almendra y tintura de benjuí, dijo el señor Bloom, y además agua de flor de naranjo.

De verdad que le puso blanca como cera su piel tan delicada.

—Y también cera blanca, dijo.

Resalta la oscuridad de sus ojos. Mirándome, la sábana hasta los ojos, españoles, oliéndose, cuando yo me estaba ajustando las mancuernillas. Esas recetas caseras suelen ser las mejores: fresas para los dientes: ortigas y agua de lluvia: avena, como dicen, remojada en suero de manteca. Comida para la piel. Uno de los hijos de la reina, ¿duque de Albany? Sólo tenía una piel. Leopold, sí. Tres tenemos. Verrugas, juanetes y barros para empeorarlo. Pero también quieres perfume. ¿Qué perfume usa tu? *Peau d'Espagne*. Esa flor anaranjada. Jabón puro de crema. Qué fresca el agua. Agradable olor tienen estos jabones. Hora de bañarse a la vuelta de la esquina. Hamán. Turco. Masaje. Se junta tierra en el ombligo. Mejor si lo hiciera una chica. Además creo que yo. Sí. Hacerlo en la tina. Curioso deseo yo. Agua al agua. Mezclar negocios con placer. Lástima que no

hay tiempo para un masaje. Sentirse fresco todo el día. El funeral será un tanto lúgubre.

—Sí, señor, dijo el boticario. Eso fueron dos y nueve. ¿Trajo una botella?

—No, dijo el señor Bloom. Prepárela, por favor. Llamaré más tarde y voy a tomar uno de esos jabones. ¿Cuánto cuestan?

—Cuatro centavos, señor.

El señor Bloom levantó una barrita hacia sus narinas. Dulce cera limón.

—Me llevo este, dijo. Eso son tres y un centavo.

—Sí, señor, dijo el boticario. Puede pagarlos juntos, señor, cuando vuelva.

—Bien, dijo el señor Bloom.

Salió de la tienda paseando, la batuta de periódico bajo su axila, el jabón envuelto de frescor en la mano izquierda.

A su axila la voz y mano de Bantam Lyons dijeron:

—Hola, Bloom, ¿qué hay en las noticias? ¿Es el de hoy? Déjanos verlo.

Se rasuró el bigote otra vez, ¡por Jove! Largo y frío labio superior. Para verse más joven. Sí se ve humectado. Más joven que yo.

Los amarillos dedos de uñas negras de Bantam Lyons desenrollaron la batuta. Necesita una lavada también. Quitarle la tierra seca. Buenos días, ¿ha usado jabón Pears? Caspa en sus hombros. El cuero cabelludo pide una lubricada.

—Quiero ver lo de ese caballo francés que corre hoy, dijo Bantam Lyons. ¿Dónde canijos está?

Sacudió las páginas plegadas, jalándose el cuello de la camisa con la barbilla. Comezón de la rasurada. Cuello apretado, se va a quedar sin pelo. Mejor dejarle el periódico y deshacerme de él.

—Te lo puedes quedar, dijo el señor Bloom.

—Ascot. Copa dorada. Espera, balbuceó Bantam Lyons. Tantito. Máximo un segundo.

—Iba a tirarlo de todos modos, dijo el señor Bloom.

Bantam Lyons levantó la mirada de pronto y lo vio con ligera malicia.

—¿Qué? dijo su aguda voz.

—Dije que te lo puedes quedar, respondió el señor Bloom. Iba a tirarlo ya.

Bantam Lyons dudó un instante, malicioso: luego echó los pliegos abiertos de vuelta a los brazos del señor Bloom.

—Me arriesgaré, dijo. Ten, gracias.

Salió corriendo hacia la esquina con Conway. Buena suerte, tontuelo.

El señor Bloom dobló de nuevo las hojas en forma de cuadro y alojó el jabón dentro, sonriendo. Qué mono ese tipo. Apostando. Un hervidero por lo regular últimamente. Mensajeros robando para echar seis centavos. Rifa de un gran pavo suave. Tu cena de Navidad por tres centavos. Jack Fleming haciendo fraudes para apostar, luego se fue de contrabando a América. Tiene un hotel ahora. Nunca vuelven. Ollas de Egipto.

Caminó alegremente hacia la mezquita de los baños. Te recuerda a una mezquita, ladrillos rojos horneados, los minaretes. Deportes universitarios hoy, por lo que veo. Vio de reojo el cartel de herradura sobre la reja del Parque de la Universidad: ciclista

doblado como un bacalao en una cacerola. Horrendo anuncio. Ahora, si lo hubieran hecho circular como una rueda. Luego los rayos: deportes, deportes, deportes; y el centro grande: universidad. Algo que atraiga al ojo.

Ahí está el Bocinero parado en la caseta del portero. Tenerlo a la mano: podría dar vuelta por aquí si lo saludo. ¿Cómo le va, señor Bocinero? ¿Cómo le va, señor?

Clima celestial en verdad. Si la vida fuera así siempre. Clima para críquet. Sentarse bajo toldos. *Over* tras *over*. Fuera. No pueden jugar aquí. *Duck* por seis fallos. Aún así el capitán Buller rompió una ventana en el club de la calle Kildare con un *slog* al *square leg*. La feria de Donnybrook es más de su estilo. Y los cráneos que estábamos rajando cuando M'Carthy tomó la palabra. Ola de calor. No durará. Siempre pasa, el flujo de la vida, el cual en el flujo de la vida que llevamos es más querido que todos los demás.

A disfrutar un baño ahora: presión directa de agua, fresco esmalte, el suave chorro tibio. Este es mi cuerpo.

Anticipó su pálido cuerpo reclinado por completo, desnudo, en un útero de calidez, aceitado por el jabón aromático derretido, bañado suavemente. Vio su torso y miembros ondulondulados y sostenidos, emboyados ligeramente, amarillo limón: su ombligo, botón de carne; y vio los rizos enredados de su mata flotando, pelo flotando en la corriente alrededor del blando padre de miles, una lánguida flor flotante.

# AL REVÉS

